

Dossier
Narcisismo en el análisis
con niños y adolescentes

El narcisismo en la adolescencia: las razones de su predominio

Carlos Moguillansky

“Le sujet vit avec lui –c’est vrai– mais plutôt à côté de lui. ”

Les chaînes d’Éros, A. Green¹

El carácter defensivo del narcisismo

La adolescencia es una etapa de la vida signada por la aventura y la transformación, por la curiosidad y por la ruptura. Esas condiciones son poco propicias para el ejercicio de una defensa que tiende al cierre y a la cristalización. Por lo tanto, proponer una definición de narcisismo en la adolescencia es una empresa arriesgada, que amenaza con sobre simplificar la complejidad de los movimientos adolescentes, de progreso hacia la salida exogámica y de regreso a posiciones infantiles. Esos movimientos se alternan y, en ocasiones, son simultáneos. La vida adolescente se mantiene en una duplicidad paradójica, donde conviven actitudes contradictorias, sin aparente conflicto entre sí. Por ello, no es posible dar con una única visión del narcisismo. Mucho peor sería caer en su trampa y querer dar una visión totalizadora del mismo; así que pondré manos a la obra con ideas parciales, que enfoquen el conflicto entre estar en contacto emocional consigo mismo o bien en un plano disociado, sin un genuino contacto consigo mismo. El epígrafe de Green sirve de guía, al señalar con acierto la coexistencia de estas dos versiones de la subjetividad que son contradictorias entre

¹ Green, A. *Les chaînes d’Éros*. Paris, Odile Jacob, 1997.

sí. La coexistencia de esas situaciones contradictorias rompe con un mito narcisista, que construye totalidades y distingue planos nítidos en una subjetividad compleja. El Yo convive con sus contradicciones y apela a mil subterfugios para establecer una síntesis posible en ese *mare magnum*. Finalmente, el narcisismo no es ajeno a la transición en el ejercicio de un poder –la patria potestad– entre los padres y el joven adolescente. La misma incluye una propuesta lógica imposible, pues los padres deben abdicar a un poder, que en verdad ya han perdido, y el hijo les reclama legitimar un poder que, en verdad, ya ejerce. La sabiduría de Shakespeare nos auxilia, en la transición de las palabras de un rey caduco, Ricardo II, quien aún espera que su imperio sea respetado:

“Estamos asombrados. Hemos esperado todo este tiempo a que doblases una rodilla respetuosa, pues creíamos ser tu rey legítimo. Si lo somos, ¿cómo has podido olvidar el homenaje debido a nuestra presencia? Si no lo somos, muéstranos la mano de Dios que nos ha desposeído de nuestra lugartenencia, pues sabemos que ninguna mano de carne y de sangre puede aprehender nuestro sagrado cetro, a menos que lo profane, lo robe o lo usurpe” (acto III, escena III) y su renuncia al término de la obra:

“Bolingbroke- ¿Consentís en renunciar a la corona?

Ricardo II- Sí, no; no, sí, pues no debo ser nada; y, sin embargo, no, no, pues la renuncio en ti. Considera ahora cómo me destruyo a mí mismo: retiro de mi cabeza este peso abrumador, de mi mano este cetro incómodo, de mi corazón este orgullo real; lavo el óleo que me ha consagrado con mis propias lágrimas; entrego mi corona con mis propias manos; anulo mi poder sagrado con mi propia lengua; aviento con mi propio hálito todos los juramentos de obediencia; abjuro toda pompa y toda majestad; abandono mis dominios, mis rentas, mis bienes; niego mis actos, mis decretos, mis estatutos. ¡Dios perdone todas las violaciones de votos hechos ante mí!...Dios salve al rey Enrique, dice el desposeído Ricardo” (Acto IV).²

² Shakespeare, W. *Ricardo II*. biblioteca.org.ar/libros/71330.pdf.:57.

¿Qué otra cosa ocurre en el curso de un proceso adolescente? Los arrestos narcisistas de padres e hijos sólo parcialmente logran encubrir esta lógica imposible entre quien da lo que no tiene a quien reclama lo que ya ha obtenido.

En esas condiciones, dos aspectos merecen ser destacados: por un lado, el narcisismo en su descripción usual, y por el otro lo propio, aquello que forma parte del sí mismo, esté o no investido como una parte del Yo. Lo propio permite vislumbrar la familiaridad de una experiencia, aquella que permite reconocer el camino a la propia casa en la confusa incertidumbre de las huellas de un bosque. Esa sensación familiar respecto de lo que le es propio es clave en el proceso adolescente y acompaña a cada joven en su aventura (Moguillansky, C. 2001[2009]³, 2007⁴), pues le da un hilo de Ariadna que lo reconecta con su singularidad. Por ello no creo útil describir totalidades. En la adolescencia vemos a jóvenes curiosos, abiertos a lo nuevo y disruptivo, dispuestos a ir al fin del mundo si tienen la seguridad del camino a casa. Esa disponibilidad suele investirse con narcisismo y transformarse en una épica o en un uniformismo grupal, pero no podemos confundir esa investidura con la totalidad, que muchas veces se adelanta a ella, pues no hay nada más opuesto al narcisismo que la apertura y la curiosidad. Parafraseando a Green, diría que en la adolescencia el narcisismo está en todo, pero no es todo. Creer lo opuesto impide ver la adolescencia como la edad de mayor apertura a la diversidad en la vida humana. En ella, la ruptura con la endogamia necesita una subjetividad más dispuesta a romper totalidades que a sostenerlas, aunque a veces, para romperlas, se construya transitoriamente otra. El narcisismo, por el contrario, construye totalidades y cierra la experiencia. Por ello, es útil mantener la oposición entre tendencias a la apertura y al cierre, en cualquier discusión sobre narcisismo y adolescencia.

³ Moguillansky, C. (2001) El lugar de lo propio (Impropio). Aryan, A.-Moguillansky, C. *Clínica de adolescentes*, Bs. As. Teseo, 2009: 389.

⁴ Moguillansky, C. La invención de la experiencia. *Revista Psicoanálisis APDEBA*, Vol. XXIX, 2, 2007:341.

En algún caso más serio, la difícil coexistencia del narcisismo con lo propio produce una severa escisión entre dos aspectos del Yo e instala entre ellos una intensa lucha política por el control de la conciencia. En ese caso, el analista siente que está ante dos pacientes, con dos ideologías de vida distintas: uno, tendiente a la grandiosidad del sí mismo y el otro, más cercano a una dimensión emocional, ligada al propio deseo. Lo curioso de la situación es que, en la confusión reinante en ese momento, cuando el analista le habla a uno, le responde el otro (Rosenfeld, H.1946-64).⁵

A cien años de su introducción, sería difícil hoy proponer una hipótesis sobre el narcisismo que no contemple las razones defensivas de su ejercicio o de su imposición. Este punto es ya polémico, pues en general se asocia la idea de narcisismo al egoísmo o a una defensa individualista; sin embargo, el narcisismo participa en la psicología de las masas, que está subyacente a todas las formaciones culturales de la sociedad moderna. Ese último aspecto es decisivo en la evaluación de su lugar en la vida adolescente, en tanto ella se desarrolla en la vida grupal. En la adolescencia, la incertidumbre que acompaña a la salida exogámica es yugulada a través del vínculo social que sujeta al adolescente a su grupo de pares y, en ocasiones, a una masa desconocida. El rol de estas dos formaciones vinculares merece un estudio que trascienda una descripción psicosocial y que examine el rol de la pertenencia adhesiva y la filiación simbólica en la adquisición de actitudes y decisiones adolescentes. De tal modo, un estudio del narcisismo debe atender a sus formaciones heterogéneas, individuales y sociales, con distintas funciones defensivas y prestar atención a su función de suplencia en los fracasos de la filiación simbólica a una tradición parental. En todo caso, el narcisismo no es el fenómeno central, pues su función es subsidiaria de la conjunción de otros factores, frente a los que resulta una constelación defensiva. En la adolescencia esos factores se agrupan en torno a la libertad y en especial, al temor a experimentarla como un descontrol, una desorien-

⁵ Rosenfeld, H. *Psychotic States*. London, Karnac, 1946-64. *Estados psicóticos*, Bs. As. Hormé. 1998.

tación o un abandono de lo conocido. Ante esos temores, el adolescente se refugia en formaciones narcisistas individuales o en asociaciones de masa, donde la adhesión, la participación o la pertenencia lo sujetan a algún conjunto conocido, ante el riesgo de una deriva que le resulta alarmante.

La presencia habitual de la defensa narcisista en la adolescencia llevó a algunos autores a ver el narcisismo como una condición estructural de la misma. Blos describió al narcisismo como una cualidad de la adolescencia media (Blos, P. 1971)⁶ y Aryan vio a la adolescencia como una neurosis narcisista.

“Podemos aplicar estas ideas al estudio del estado mental adolescente y considerarlo...una neurosis narcisista, cuyo padecimiento central sería una melancolía incipiente” (Aryan, A. 1985:428).⁷

A su vez, Gutton indicó una perspectiva opuesta:

“la base interactiva de la escena puberal es en efecto una unidad narcisista (como en la díada madre-bebe) la cual redescubre, re-actualiza y re-usa el vínculo con la posición de la madre primordial, *‘the good-enough mother’*, como si eso fuera el contenedor oficial de la función alfa (Bion, W. 1962). La reconstrucción del narcisismo después de la injuria producida por lo puberal es un trabajo para dos partes. La antítesis entre narcisismo y las escenas de lo puberal es entonces dialéctica, implicando tanto el ataque como el sostén”. (Traducción mía, Gutton, P. 1998:145).⁸

Esas ideas, arraigadas en una larga tradición bibliográfica francesa, fueron lideradas por el trabajo de Kestemberg y Jeammet, donde la idea de narcisismo –como paso defensivo– se articula con el conflicto edípico.

⁶ Blos, P. *Psicoanálisis de la adolescencia*. México, J. Mortiz, 1971.

⁷ Aryan, A. La adolescencia: metapsicología y psicopatología. *Revista Psicoanálisis APDEBA* Vol. VII, No 3 1985.

⁸ Gutton, P. The pubertal, its sources and fate. *Adolescence and Psychoanalysis*. Ibid: 145.

Sin embargo, se debe destacar que Blos y Aryan restringen la extensión de su fórmula. Blos señala que el narcisismo en la adolescencia media es un repliegue regresivo, ante el conflicto defensivo dominante entre el Superyó y el Yo. A su vez, Aryan dice que hablar de melancolía incipiente no implica hablar de psicosis.

“La diferencia entre la adolescencia como neurosis narcisista y la melancolía sería la siguiente: por haber desarrollado su capacidad de simbolización durante la elaboración de sus ansiedades depresivas, [el adolescente] padece sólo temporariamente regresiones narcisistas ... Es una reactivación narcisista.” (*Ibíd.*, 428).

En último análisis, el narcisismo es visto como una constelación defensiva aún en aquellos autores que más se han inclinado a ver su carácter central en la adolescencia. No sin razón, R. Cahn (1994)⁹ apunta que no se debe confundir lo que surge en la adolescencia con las ideas de la escuela americana respecto de los cuadros psicóticos y border-line pues, como bien lo ha establecido Jeammet (1985),¹⁰ las manifestaciones de la triada borderline de Masterson son habituales en cualquier adolescente normal. La reactivación del narcisismo no tiene otro significado que el de una apelación defensiva habitual ante la brusca oscilación de las identificaciones y de las matrices de las relaciones afectivas, que son sacudidas por el empuje evolutivo. Allí debemos prestar atención a la paradoja puberal descrita por Gutton (1994)¹¹ respecto de la simultánea imposibilidad y necesidad del objeto incestuoso. Ella tiene su deriva loca en la instalación de una creencia narcisista, que confunde la potencialidad del objeto incestuoso con su acceso práctico y suprime la oposición radical entre ambos (Racamier, P. 1980).¹² El narcisismo, en todos esos casos, opera más desde la enajenación que desde el contacto con uno mismo y hace poca

⁹ Cahn, R. Para una teoría psicoanalítica de la adolescencia. Bs. As. *Revista n/A*. Ed. R. Uribarri. 1994.

¹⁰ Jeammet, P. Actualité de l'agir. *Nouvelle revue de Psychanalyse* No 31. Paris, 1985.

¹¹ Gutton, P. La locura puberal. *Revista n/A*. *Ibíd.* Bs. As. 1984.

¹² Racamier, P. C. *Les schizophrènes*. Paris, Payot, 1980.

gala de un genuino amor a sí mismo. De todos modos, en la adolescencia conviene caminar con cautela y, antes de diagnosticar, preguntar: ¿cuándo estamos ante una genuina enajenación y cuándo ante la creación mítica de quien al mentirle a otro, cree en su propia mentira?

La remodelación del Superyó puberal modifica sustancialmente la economía del conflicto psíquico (Jacobson, E. 1964;¹³ Mogueillansky, C. 1991[2009¹⁴]). En esas condiciones ocurre una intensificación de la defensa narcisista, para salvar la brecha evolutiva hasta tanto se establezcan las identificaciones secundarias post-edípicas. Se debe dejar en claro que en ningún momento del desarrollo adolescente habitual hay una suspensión de la eficacia edípica y que dicho distribuidor de las identificaciones y las relaciones afectivas mantiene su vigencia y establece las diferencias de sexo y de las generaciones, que garantizan el ejercicio de la metáfora y de la ley. El narcisismo adolescente sólo es una constelación defensiva, más allá de sus posibles extremos fenoménicos, aun cuando los trastornos de la autoestima o la presencia de vínculos adictivos, de indudable naturaleza narcisista, hagan pensar en lo contrario. Sólo una grave ruptura psicótica autoriza a pensar que el narcisismo se ha instalado como una alternativa de la ley edípica, pues en todos los casos no psicóticos, más allá de su gravedad clínica, veremos surgir airoso al conflicto edípico tras las nubes del narcisismo defensivo.

El adolescente experimenta una gran ansiedad durante el remodelamiento de su Superyó. Su desilusión respecto del saber adulto sobre el sexo conduce a una situación paradójica, que se sostiene a lo largo de la adolescencia; en ella coexisten dos creencias contrarias y excluyentes respecto del saber adulto: “los adultos saben todo respecto del sexo” (y eventualmente no quieren compartir ese saber) y “los adultos no saben nada del sexo”. Estas dos creencias conviven en mosaico, lado a lado y sin excluirse ni contradecirse, a partir de una brecha disociativa que desmiente y anula sus contradicciones. La

¹³ Jacobson, E. *The Self and the object world*, N. Y. I U Press, 1964.

¹⁴ Mogueillansky, C. (1991) Los ideales en la adolescencia. Aryan, A. Mogueillansky, C. *Clínica de adolescentes*. Bs. As. Teseo, 2009

desilusión puberal respecto de la omnisciencia parental suele convivir con la persistente creencia en ella. La convivencia de estas dos creencias contrarias resulta en una paradoja, cuya ambigüedad suele expresarse en las confusiones adolescentes, pero aún más, en sus escisiones donde surgen, lado a lado y sin contradicción aparente, actitudes pseudo-adultas y manifestaciones infantiles regresivas, típicas de la latencia. El saber del sexo tiene una fuerte relación con la libertad, pues pone en tela de juicio quién decide y sabe sobre él mismo y jaquea las garantías que el púber cree tener respecto de su idoneidad y del ejercicio del sexo; y en segundo lugar, pone en debate cuál es el margen de libertad del Yo puberal respecto de su determinación inconsciente.

La ansiedad asociada al remodelamiento del Superyó deriva de la suspensión temporaria de las garantías superyoicas, ligadas a la creencia latente en el saber adulto. Esta situación suele resolverse mediante la defensa narcisista, apelando a una adhesión a un slogan o a un agrupamiento de masas, que remeda el *statu quo ante* de la posición latente previa. La vida de masas, descrita por Freud en 1921, mantiene su vigencia explicativa y, de hecho, ha sido rebautizada con diferentes términos clínicos en la adolescencia: uniformismo, vida grupal, adhesión, pertenencia, etc. Todos ellos apuntan a describir la adhesión narcisista de un grupo de pares entre sí, apelando al lazo libidinal común, de identificación con un líder. Esa agrupación ofrece la adhesión y la pertenencia a una agencia supra individual, lo que permite sostener una identidad protésica (exo-esquelética) y una vida grupal para contener la experiencia emocional. El modelo de la tribu urbana puede dar un adecuado ejemplo de esta condición masiva de la identidad y del uso de la defensa narcisista como un modo de pertenencia social. La ventaja primaria de esa defensa reside en la suplencia superyoica que realiza el ideal de la tribu respecto del Superyó latente, ya caduco, y del Superyó adulto, aun por advenir. A este beneficio primario se agregan otros beneficios secundarios, asociados a la vida institucional de la tribu, que provee lugares y lazos sociales de agrupación y de contacto libidinal, que mitigan la soledad y el ansia social del adolescente, ávido de relaciones afectivas y de

experiencias. El encuadre preformado que se constituye en la biblia grupal de la tribu ofrece una garantía superyoica que, lejos de poner en contacto al adolescente con sus emociones y ansiedades, lo instala en una ideología monotemática y vacía, tan llena de emblemas como vacía de emocionalidad. La misma condición vale para el analista de adolescentes, toda vez que se refugie bajo la égida de un encuadre preformado, no importa cuál sea la cualidad de sus contenidos.

En una línea similar, el grupo adolescente ofrece una dimensión equivalente, aunque en ese caso, tiene una menor masificación, un mayor grado de individuación y una mejor diferenciación de las experiencias personales. Aun así, se advierte la defensa narcisista en la viscosidad grupal y en los vínculos de adhesión de los miembros al grupo, por encima de su afán de individuación. Las ventajas defensivas son similares a las observadas en las formaciones de masa, aunque con una menor intensidad, ya anotada. Esa condición es más relevante en las formaciones isosexuales, donde el vínculo narcisista es la regla, pues aún no se ha sublimado ni adsorbido la dimensión homosexual a la vida social ni al vínculo fraterno o amistoso (Freud, S. 1914).¹⁵ El par en ese caso suele ocupar el rol de un Yo ideal que completa y suple las carencias narcisistas del Yo adolescente, originando duplas y/o agrupaciones idealizadas, con un fuerte predominio de suplencia narcisista (Mantykow, B. 1991¹⁶). Esas formaciones narcisistas ponen en jaque la dimensión tópica de la vida grupal y generan una ambigüedad en torno a la intimidad, la clandestinidad y lo compartido. El adolescente se refugia en la vida grupal y busca asociarse con otros en la aventura común. En esas condiciones, el ejercicio de la libertad encuentra un espacio reservado –alejado de la influencia de los padres– pero abierto a una expansiva vida social – con un escaso grado de privacidad– en el que las conductas íntimas están en boca de todos en el grupo. A partir de este momento, se inaugura el discurso privado, cuyo pronóstico estará determinado en buena medida por el grado de

¹⁵ Freud, S. (1914) Introducción del narcisismo. *Obras completas*, Bs. As. Amorrortu, 1979.

¹⁶ Mantykow, B. El amigo íntimo de la adolescencia. *Revista Psicoanálisis APDEBA*, Vol. XIII, No 3, 1991.

participación del púber en la vida social, pues de hecho, las situaciones de *break-down* adolescente descritas por Laufer, corresponden a fantasías de anormalidad clandestinas que no han podido ser compartidas por la vida grupal y que cursan en una dolorosa y torturada soledad.

Se puede entrever, que tras de estas ventajas primarias de la defensa, se cierne el temor del joven a la plena expresión de su libertad, en particular cuando ella adquiere el carácter de impulsividad o descontrol o dispara el temor al abandono de los objetos conocidos. El adolescente sigue el carril descrito por Freud en “Pulsiones y sus destinos” (1915). Cahn apunta:

“El equilibrio entre los dos polos de adentro y afuera es particularmente inestable en la adolescencia, debido al imperativo del *Principio del Placer- Displacer*” (1998).¹⁷

En efecto, él asimila a su propio Yo a aquello que considera que le es propio e idealiza al conjunto así conformado en una formación de “placer purificado”. Esta fórmula preside a muchas de sus elecciones narcisistas, que trascienden al amigo íntimo y se despliegan en el conjunto del espléndido escenario adolescente. Las súbitas variaciones de apego y odio a personas y objetos dependen de la oscilación tópica de las mismas a lo largo de la cinta de Moebius del narcisismo del joven, que decide, momento a momento, qué es idealizado como él y qué es ajeno a él, y por ello, odiado o desconocido. Esta dimensión tópica hace recordar al régimen de significación esfinteriana; pues sus bruscas y caóticas variaciones dependen de en qué lugar de la atribución narcisista han caído, si en el campo de lo propio o de lo ajeno.

El narcisismo en las formaciones patológicas de la adolescencia

Dejaré de lado los fenómenos narcisistas de las psicosis y aquellos asociados a la adicción a las drogas, para discutirlos en otra ocasión.

¹⁷ Cahn, R. The process of becoming-a-subject in adolescence. *Adolescence and Psychoanalysis*. Ed. Ladame, F. London, Karnac, 1998.

En esta segunda parte abordaré aquellos fenómenos neuróticos donde participa en cierto grado un conflicto narcisista. En primer lugar, destaco los cuadros de severa colusión familiar, que cursan con un vínculo narcisista entre uno o ambos padres y su hijo. En esa circunstancia, el adolescente suele desarrollar una caracteropatía adulta con un severo déficit en la subjetivación, con una merma de su vida emocional y en muchas oportunidades con una severa inhibición laboral. En un texto anterior consideré a esos cuadros como una latencia prolongada, para destacar la falla o ausencia del proceso adolescente (Moguillansky, C. 2012).¹⁸

Si bien el trastorno narcisista puede surgir en la edad adulta, la clínica adolescente ilustra el rol patógeno del vínculo narcisista del joven con sus padres. En ese caso, es frecuente que se agreguen fenómenos de mutua entrega, cuya naturaleza suele ser masoquista (Moguillansky, C. 2013).¹⁹ Si la diferenciación puberal encuentra el obstáculo de un vínculo narcisista parento-filial, se desarrolla una erotización generalizada. La función alterada del esfínter expresa la confusión de una relación narcisista que impide arribar a una experiencia diferenciada. Las estrategias de poder de cada miembro del vínculo establecen una artificiosa solución emocional, en la que el vínculo indiscriminado se torna una conducta sexual polimorfa, llena de abluciones y anulaciones, actos en dos tiempos y actividades adictivas. Estas prácticas patológicas tienen su escenario en algún esfínter privilegiado –la boca, el ano, el genital, los ojos, etc.– y se expresan conforme a ellos en alguna impulsividad determinada: promiscuidad sexual, timidez extrema, trastornos alimentarios, dismorfofobias, etc. Las experiencias de exceso o de culpa ocurren al fallar la ley que diferencie al vínculo indiscriminado y limite un goce, generalmente endogámico o parental. La erotización surge donde la ley falló y en su seno se realizan flujos gozosos, imperiosos y culposos, tiránicos y esclavos, exaltados y dolorosos. La estrategia maníaca y el control

¹⁸ Moguillansky, C. Las instituciones latentes y el debut adolescente. *controversiasonline@apdeba.org*. No 10, 2012.

¹⁹ Moguillansky, C. El poder de la debilidad. *Revista Psicoanálisis APDEBA*. Vol. XXXV, No. 3. Bs. As. 2013:543.

omnipotente –de funciones y de flujos– producen un síndrome impulsivo, conforme a la naturaleza escindida de su defensa, y controlan una experiencia que se presenta gozosa, confusa y exaltada.

Bibliografía

- ARYAN, A. “La adolescencia: metapsicología y psicopatología”. *Revista Psicoanálisis APDEBA*. Vol. VII, No 3. 1985.
- BLOS, P. *Psicoanálisis de la adolescencia*. México, J. Mortiz, 1971.
- “Para una teoría psicoanalítica de la adolescencia”. Bs. As. *Revista n/A*. Ed. R. Uribarri. 1994.
- CAHN, R. “The process of becoming-a-subject in adolescence”. *Adolescence and Psychoanalysis*. Ed. Ladame, F. London, Karnac, 1998.
- Para una teoría psicoanalítica de la adolescencia. Bs. As. *Revista n/A*. Ed. R. Uribarri. 1994.
- FREUD, S. (1914). “Introducción del narcisismo”. *Obras completas*, Bs. As. Amorrortu, 1979.
- GREEN, A. *Les chaînes d’Éros*. Paris, Odile Jacob, 1997.
- GUTTON, P. “La locura puberal”. *Revista n/A*. Bs. As. 1984.
- “The pubertal, its sources and fate”. *Adolescence and Psychoanalysis*: 145.
- JACOBSON, E. *The Self and the object world*, N. Y. I U Press, 1964.
- JEAMMET, P. “Actualité de l’agir”. *Nouvelle revue de Psychanalyse* No 31. Paris, 1985.
- MANTYKOW, B. “El amigo íntimo de la adolescencia”. *Revista Psicoanálisis APDEBA*, Vol. XIII, No 3, 1991.
- MOGUILLANSKY, C. (1991). “Los ideales en la adolescencia”. Aryan, A. Moguillansky, C. *Clínica de adolescentes*. Bs. As. Teseo, 2009.
- “El poder de la debilidad”. *Revista Psicoanálisis APDEBA*. Vol. XXXV, No. 3. Bs. As. 2013:543.
- Las instituciones latentes y el debut adolescente. *controversiasonline@apdeba.org*. No 10, 2012
- El mundo puberal. Tópica y ética de la pubertad, *controversiasonline@apdeba.org* No 15, 2014.
- RACAMIER, P. C. *Les schizophrènes*. Paris, Payot, 1980.
- ROSENFELD, H. *Psychotic States*. London, Karnac, 1946-64. *Estados psicóticos*, Bs. As. Hormé. 1998.
- SHAKESPEARE, W. *Ricardo II*. *biblioteca.org.ar/libros/71330.pdf*:57.